

LA GUERRA DE FORD

CUANDO, a mediados de enero, cayó en poder de las tropas del Gobierno Revolucionario Provisional la provincia de Phuoc Long (la capital, Phuoc Binh, está a sólo 120 kilómetros de Saigón), la reacción del Pentágono fue inmediata: el portaaviones nuclear «Enterprise» y un enjambre de barcos menores salieron de Filipinas con «rumbo desconocido». La demostración de fuerza de la Séptima Flota fue tan mal recibida como las amenazas kissingerianas de intervención en el Oriente Medio, recalando la escasa disposición de los norteamericanos para lanzarse a repetir las desdichadas aventuras de tiempos pasados. Sin embargo, los halcones no han dejado en sus esfuerzos de volver a los días gloriosos de la escalada de Johnson y Nixon. El Presidente Ford pide al Congreso 300 millones de dólares extra para socorrer a los amigos de Indochina. James R. Schlesinger, secretario de Defensa, se lamenta de asistir impotente al asedio del Régimen de Thieu, invoca los 60.000 muertos americanos en Vietnam, amenaza con el derrumbe de las fichas de dominó asiáticas y declara abiertamente que desea el retorno del Ejército norteamericano a los campos de batalla vietnamitas.

¿Pero es que se ha marchado? John Pilger, en crónica para el «Daily Mirror» londinense, escribía: «El Pentágono tiene miles de hombres en Vietnam. Son oficiales, pilotos y técnicos, muchos de ellos disfrazados como civiles o funcionarios de la Embajada. El cuartel general de los militares americanos se llama ahora Oficina del Agregado de Defensa, y funciona casi exactamente igual que antes del acuerdo de paz de París. Pero la mayoría de los americanos en Vietnam —sin los cuales la guerra no podría continuar— son soldados que han sido transferidos directamente a la nómina de unas 60 compañías USA que han firmado contratos con Washington». Esta es sólo una de las violaciones norteamericanas del acuerdo de 1973, pero el corresponsal inglés no se equivocaba al señalar su importancia: se calcula en unos veinticinco mil el número de estos anónimos colaboradores, y no hay duda de que son la columna vertebral de la poderosa máquina de guerra manejada por Thieu. Una máquina que se alimenta de un inagotable caudal de dólares cuyo control corresponde al Congreso norteamericano, que tradicional-

mente accedía a las peticiones presidenciales para esa parte del mundo. Hasta el año pasado, en que sus recortes provocaron un visible nerviosismo en Saigón y acusaciones por parte de altos funcionarios del Departamento de Defensa, cuyas predicciones alarmistas forman parte de una estrategia pública que generalmente da buenos resultados. En cualquier caso, el Pentágono tiene medios para salirse con la suya.

Las cuentas del Pentágono

Para 1975, la Administración Nixon propuso una ayuda para Vietnam del Sur del orden de los 1.600 millones de dólares. Aprovechándose del descontento popular, la beligerancia de los miembros del Congreso y la erosión del prestigio presidencial acarreados por el escándalo Watergate, una coalición de grupos radicales llamada United Cam-

den bajo conceptos como Obras Públicas, Administración Pública y Ayuda Técnica (...). Así localizamos un total de 15.217.000 dólares para "seguridad pública" y es de suponer que haya otras cantidades escondidas».

Según estadísticas secretas del Pentágono, entre octubre de 1972 (cuando Kissinger anunció que «la paz está al alcance de la mano») y el 27 de enero de 1973 (fecha en que se firmó el tratado de paz), se enviaron a Vietnam del Sur armas y municiones por valor de 1.233 millones de dólares, bajo la llamada operación Enhance Plus, continuación de la operación Enhance. De la importancia de estos esfuerzos da cuenta el hecho de que el 75 por ciento de los aviones y helicópteros de Thieu en el momento de la firma del acuerdo de paz habían sido entregados en los meses anteriores. Se trataba de fortalecer el Ejército sudvietnamita para que superara la crisis del abandono previsto del Ejército

sa sobrante», ya que existe una disposición por la que este equipo puede ser valorado en el 8,9 por 100 de su costo de adquisición. Además, si el «equipo sobrante» enviado a un país no supera los 150 millones de dólares por año, no se incluye en la ayuda regulada por el Congreso. Así, en 1973, Vietnam del Sur recibió por este concepto 35 millones de dólares de «equipo sobrante», cuyo valor real supera los 300 millones.

Las contravenciones de los acuerdos de París han tenido siempre como motivo el mejorar la posición militar sudvietnamita. USA se comprometió a no entregar a sus aliados nuevas armas, aparte de reemplazar las piezas destruidas. Sin embargo, actualmente están enviando aviones de combate tipo F-5E como sustitutos del ya mencionado modelo F-5A, a pesar de que se trata de un aparato muy superior. Su valor es de 3.600.000 dólares por avión, pero es seguro que el Pentágono hallará a final de año un criterio misterioso para subvalorarlo.

Lo extraordinario es que este derroche no ha podido impedir que la posición militar del Gobierno de Saigón se haya ido deteriorando. Las estadísticas de los meticulosos burócratas de la Defense Intelligence Agency son reveladoras: «Los Estados Unidos han gastado en Indochina, desde 1966, una cantidad 29 veces superior a la gastada por los chinos y los soviéticos en conjunto». Según cifras del «Washington Post», por lo que respecta a 1973, Vietnam del Norte ha recibido de los países socialistas 290 millones de dólares, en contraposición con los 2.300 millones americanos entregados a Thieu.

La época de las vacas flacas

La escasez de dinero ha planteado nuevos problemas al Ejército de Saigón. Es necesario tener en cuenta que este Ejército tiene en sus filas a un millón de hombres y sigue creciendo. Cada año ingresan 200.000 nuevos reclutas. Este año, la quinta que debía licenciarse continuará en filas, debido al alto número de bajas (75.000 en 1974) y la sangría constante de las deserciones (en alguno de los meses de 1974 han llegado a 18.000). Incluso se habla de provincias donde se invita

Diego A. Manrique

paign for Peace in Indochina organizó una serie de campañas para presionar sobre el Congreso. El Consejo Americano de Seguridad (ASC) respondió pidiendo que estos activistas fueran considerados como agentes extranjeros, pero no pudo impedir que la ayuda quedara reducida a 700 millones de dólares tras vigorosas discusiones.

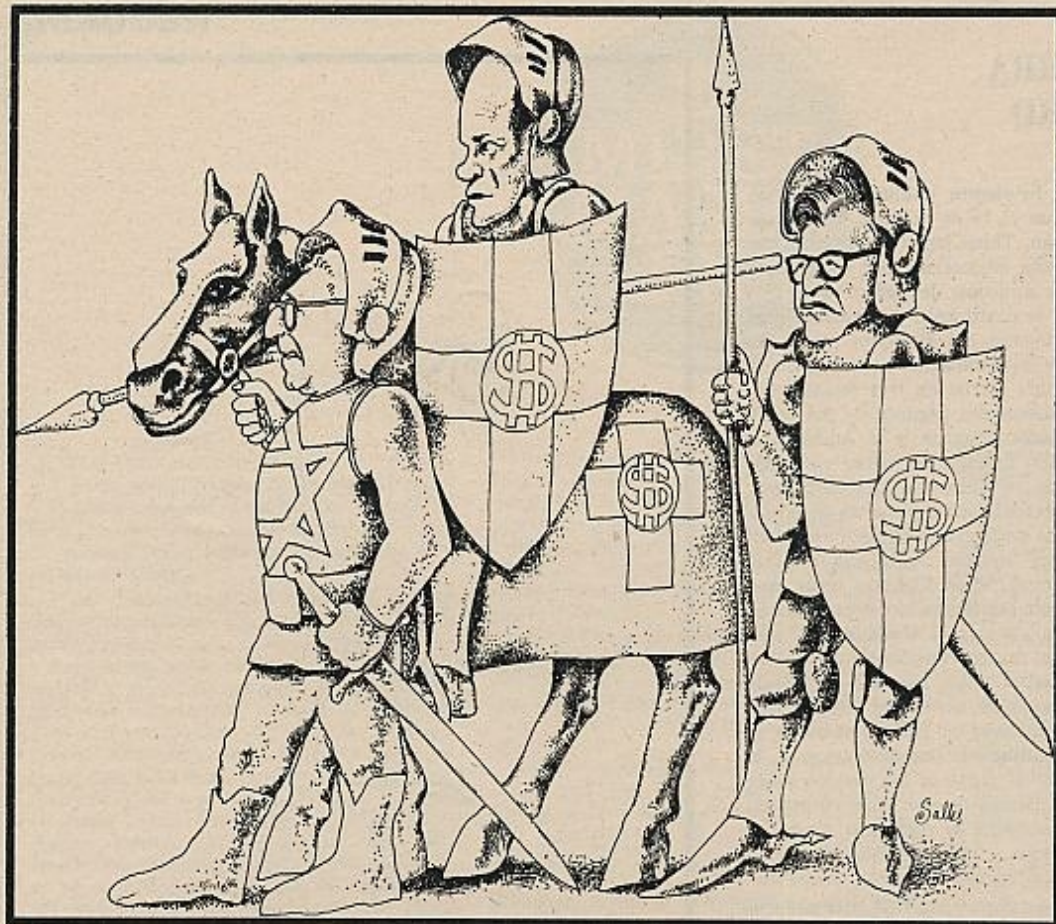
Se trata de una victoria apreciable que coloca a Thieu en una posición difícil y que le obliga a contemporizar con la opinión pública americana (liberación de prisioneros políticos, mayor libertad de prensa, etcétera). Pero es pausable pensar que el Pentágono encontrará formas de suplir esta ayuda que los representantes del pueblo americano han negado. Lo ocurrido en años anteriores ya nos indica algunas pautas.

A principios de 1974 se denunció en el Congreso que alimentos por valor de 400 millones de dólares, enviados por USA bajo el programa Food for Peace, fueron vendidos por el Gobierno sudvietnamita para financiar los gastos de la guerra. Algunos meses antes, Edward Kennedy declaraba: «Hemos encontrado que las partidas para mantener el sistema policiaco de Thieu se esconden

norteamericano. Una de las razones del retraso en llegar al acuerdo en París (tres meses de violentos combates y bombardeos) fue dar tiempo a que se realizaran esas gigantescas operaciones de rearme, cuya extraordinaria magnitud se comprende sólo tras estudiar las cifras dadas por el Pentágono, que usa un sistema de contabilidad que deprecia el valor de las entregas en proporciones asombrosas.

Atentos a las cifras: Se enviaron 116 aviones de combate a reacción del tipo F-5A. El costo de reemplazar cada uno de estos aparatos en 1972 era del orden de 2.200.000 dólares, pero el Pentágono los contabilizó a 597.413, aproximadamente la cuarta parte. También se mandaron 32 aviones de transporte de tropas del modelo C-130A, que misteriosamente fueron contabilizados por 2.750.000 dólares cada uno, aproximadamente la mitad de su valor real en 1972. Los ejemplos son numerosos, pero no revelan más que una vertiente del «modus operandi» del Pentágono.

La trampa más utilizada actualmente para burlar los límites de ayuda establecidos por el Congreso es la designación de material de guerra nuevo o casi totalmente nuevo como «equipo de defen-



a alistarse a muchachos de catorce y quince años.

Los militares de Saigón estaban habituados a guerrear sin reparar en medios. Y repentinamente se ven obligados a abandonar 800 puestos (el 25 por 100 de ellos en el delta del Mekong) por falta de fondos. Muchos de estos puestos fueron instalados en territorio enemigo, durante las operaciones anteriores a la firma de la paz. La razón del abandono fue explicada así al «New York Times» por un oficial sudvietnamita: «No vamos a tener mucho dinero en el futuro, así que esas posiciones no sirven para nada, ya que nada podemos hacer con ellas. A menos de que una posición tenga un cierto valor político, como en el caso de una gran ciudad, no vale la pena luchar y morir por ella».

Igualmente, diez escuadrones de la Fuerza Aérea de Saigón no pueden despegar por la escasez de combustible y la falta de piezas de repuesto. El Departamento de Defensa americano se ha apresurado a advertir que las municiones de las tropas de Thieu sólo pueden durar hasta abril de 1975. El asunto de las municiones merece alguna consideración. Es algo que explica claramente «Vietnam: May 1974», un informe preparado por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano: Desde enero de 1973, cada bala disparada por las «fuerzas insurgentes» ha sido respondida con 16 de las pagadas por los ciudadanos ame-

ricanos; en la Segunda Región Militar, donde los comandantes sudvietnamitas demuestran mayor agresividad, la proporción es de 50 proyectiles gubernamentales por cada proyectil de los «rebeldes».

A estos despilfarros hay que añadir la incapacidad técnica de los reclutas para manejar los armamentos altamente sofisticados que prodiga el US Army, complicada con la irregularidad de los suministros y los repuestos. Montañas de equipo bélico termina prematuramente vendido como chatarra, cuando no es ofrecido a las fuerzas del Gobierno Provisional.

A este numerosísimo Ejército es necesario sumar el brazo represivo de Thieu: si en tiempos de Diem la Policía estaba formada por 16.000 hombres, actualmente nos encontramos con una organización monstruosa que da empleo a unas 125.000 personas.

La economía, en ruinas

Resulta imposible separar la situación militar de la económica. En la política económica de Saigón destaca la ausencia de planes de largo alcance, que remedien los defectos estructurales que imposibilitan cualquier mejora: la inexistencia de inversiones, la falta de productividad, el enorme presupuesto defensivo, la dislocación social causada por el tras-

lado de millones de personas a campos de refugiados. Los resultados son (harto elocuentes): la inflación en 1973 alcanzó el 70 por ciento, y se calculaba que llegaría en 1974 al 120 por 100. Los artículos de primera necesidad han subido prodigiosamente: el dicho vietnamita de que «algún día valdrá el arroz tanto como las perlas» se ha hecho realidad, con alzas en el precio del orden del 162 por 100. En algunas regiones, el desempleo alcanza al 40 por 100 de la población activa, y se han registrado casos de muerte por inanición.

El descontento popular es fácilmente imaginable, y está llegando al Ejército, cuyos miembros sufren igualmente la desbocada carrera de los precios. El «New York Times» informaba del caso insólito de que muchos generales ya no pueden enviar sus hijos a los colegios privados. Uno de estos centros, que acogía en mayo de 1974 a 1.800 alumnos, tiene ahora sólo 800, una tercera parte de los cuales han sido eximidos temporalmente del pago para no perder las indispensables relaciones con los hombres fuertes de la Administración. A este respecto es interesante la orden de Thieu prohibiendo terminantemente que los miembros del Ejército, la Policía y la Administración formen parte de partido político alguno, incluyendo su propio Partido Democrático; está claro que ya no tiene confianza en las fuerzas que le apoyan. ▶

ALIANZA EDITORIAL SELECCIONES DEL SEPTIMO CIRCULO

El libro policiaco de bolsillo

22. Sidney Sheldon
Cara descubierta

21. Richard Hull
El asesinato de mi tía

20. Patrick Quentin
Enigma para actores

19. Vera Caspary
Bedelia

18. Raymond Chandler
La dama del lago

17. John Dickson Carr
El crimen de las figuras de cera

16. Ross Macdonald
Dinero negro

15. Patrick Quentin
Enigma para divorciadas

14. Michael Innes
¡Hamlet, venganza!

13. Anthony Gilbert
La gente muere despacio

12. E. C. R. Lorac
Jaque mate al asesino

11. Michael Burt
El caso del jesuita risueño

10. Alex Fraser
Lugares oscuros

80 ptas. ejemplar

LA GUERRA DE FORD

El Gobierno USA intenta constantemente sacar a Thieu del aprieto económico, pero generalmente se contentan con seguir volcando dinero para que se cumplan los objetivos a corto plazo. La crisis energética ha trastocado un plan cuidadosamente orquestado para hacer que organizaciones bancarias internacionales (Agencia Internacional del Desarrollo, Banco del Desarrollo Asiático) acudan a socorrer el Régimen de Saigón. Los intentos de atraer inversiones extranjeras también han fracasado.

La extensión de la ayuda norteamericana está determinada en el informe ya mencionado del Comité de Relaciones Exteriores: «La asistencia militar americana provee virtualmente todo el equipo y suministros usados por las Fuerzas Armadas de Vietnam del Sur.

«La asistencia económica provee una tercera parte del presupuesto total del país, cubriendo más de la mitad del déficit. Al menos, el 80 por 100 de las importaciones son pagadas con los dólares gastados por el Gobierno americano».

La oposición

La mayor parte del pueblo sudvietnamita echa la culpa de la situación económica a su Presidente y a la corrupción: si ésta era una enfermedad bien conocida en Vietnam del Sur, bajo Thieu ha alcanzado proporciones epidémicas. Tram Van Huong, vicepresidente del país, afirmó que «si todos los funcionarios corruptos fueran arrestados, no quedaría nadie para mantener a flote el Régimen». No hay razón para dudar de su autorizada palabra. Ha aparecido una nueva clase social parásita, que habla inglés y maneja la máquina estatal para su propio beneficio. Hasta la misma familia Thieu está afectada por la fiebre del dinero fácil: es de dominio público que han especulado con el arroz y los nitratos llegados de USA.

El resentimiento de la población contra estos nuevos ricos se manifiesta claramente en el vigor de las organizaciones que se han formado espontáneamente para luchar contra la venalidad gubernamental. Por vez primera, toda la Iglesia católica (aparentemente, bajo indicaciones del Vaticano) ha tomado una actitud crítica del Gobierno, fundando ligas anticorrupción y lanzando llamadas a la reconciliación nacional.

El clamor público ha sido tal, que el 24 de octubre del pasado año, Thieu lanzó su propia campaña anticorrupción, anunciando la dimisión de cuatro ministros y la destitución de cuatrocientos oficiales del Ejército, junto con su determinación de «arrancar la mala hierba en tres meses». Curiosamente, algunos de los inculcados llegaron a la Administración después de lograr sus puestos en discretas subastas; otros pertenecen al grupo de inspectores anticorrupción nombrados en una anterior «campaña de limpieza». Unos días más tarde, una gran manifestación organizada en Saigón por el Movimiento Popular Anticorrupción desafiaba las porras y las bombas lacrimógenas para denunciar las tácticas diversivas de Thieu y solicitar su destitución. Dos días después, la mayor parte de los periódicos de la ciudad no aparecían en protesta contra la represión de periodistas y publicaciones contrarias al Gobierno.

La Embajada USA está preocupada por este descontento y maniobra para evitar que las organizaciones católicas pasen de denunciar el problema de la corrupción a las raíces de la situación. La CIA se ha infiltrado en los círculos de la oposición, a los que financia parcialmente con el fin de tenerlos bajo control. Incluso se ha intentado modelar alrededor de la figura de Tran Quoc Buu el fantasma de «la oposición leal», con un proyecto muy bonito de reforma social. Sin embargo, por ahora no habrá intentos de derrocar a Thieu apoyados por Washington, donde se aprecia la gravedad de la situación.

Durante 1974, los especialistas del Pentágono se dedicaron a predecir la proximidad de una violenta embestida por parte de las fuerzas del Gobierno Revolucionario Provisional. Ha terminado la estación de las lluvias y la «ofensiva definitiva» no se ha producido; la teoría oficial en los medios militares americanos ha variado, y ahora hablan de «planes comunistas» para una guerra de desgaste, unos años de presiones continuas que terminarían por asfixiar al Gobierno de Saigón. Y Ford, que ya se ha quitado el disfraz de ovejita adoptado durante las audiencias del Congreso para su confirmación como vicepresidente en tiempos de Nixon, se viste de «salvador de la democracia» y solicita más ayuda para Thieu y sus amigos. Si logra su propósito, la agonía de Indochina se prolongará durante los próximos años. ■ D. A. M.

